BREVES OBSERVACIONES

QUE EL GENERAL

D. EVARISTO S. MIGUEL

SOMETE

AL PÚBLICO IMPARCIAL

sobre su conducta en el mando militar de Aragon y del ejército del Centro.

MADRID 1837:
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

La destitucion de un funcionario público es una cosa ordinaria y muy comun: la Constitucion concede al gobierno esta facultad del modo mas explícito, y todos debemos respetar lo que esta ley fundamental establece y determina. Mas puede esta separacion ser acompañada de tales caractéres, ser verificada en tales circunstancias, que comprometan en cierto modo al que es objeto de ella, y le presenten á los ojos de sus conciudadanos como un hombre que ha cometido alguna grave falta. Entonces, si estima en algo su opinion, si respeta la del público, es su deber dar explicaciones sobre lo que puede aparecer obscuro, y servir los intereses de la verdad al mismo tiempo que los suyos propios, suponiéndole bastante independiente para decirla desnuda, aunque sea á costa de nuevos compromisos.

Tal es la situacion en que me encuentro. Separado del mando militar de la provincia de Aragon y del ejército del Centro, hubiese dado gracias al gobierno de S. M. que me ha exonerado de una carga tan pesada, tan dificil de llevar en las actuales circunstancias. Mas ha sido precedido, acompañado y seguido este acto de acusaciones graves, que, aunque no consignadas precisamente en los papeles públicos, lo han sido bastante para llegar á mis oidos. Se me han hecho inculpaciones de desobediencia á los mandatos del gobierno, de exacciones violentas, de medidas arbitrarias. Se me ha acusado por algunos de no haber acabado con las facciones de Aragon, por otros de no haber perseguido y alcanzado á la de Gomez. Se ha llegado á hacer insinuaciones sobre mi estado de demencia, sin mencionar calumnias que son hasta ofensivas á la moral pública. Se han empleado toda clase de armas por algunos para presentarme como rebelde, como déspota, como inepto, y aun como malvado.

El que conoce el corazon del hombre y sabe lo que son revoluciones, no debe extrañar estos extravíos de opi-

nion, estos tiros de la maledicencia. Cediendo y resignándose á esta ley de la necesidad, le queda en todos casos el asilo de su propio corazon; mas no puede en ninguno desentenderse de apelar al derecho de su defensa propia. La mia es muy sencilla. Una simple exposicion motivada de mis operaciones dia por dia, es lo que basta á mi propósito.

Nombrado á principios de abril comandante general de la provincia de Huesca, fuí encargado interinamente de la capitanía general de Aragon, mando entonces de ninguno apetecido. La posicion en que se hallaba el pais, y sobre todo Zaragoza, no le hacian en efecto de muy fácil desempeño. Aunque penetrado perfectamente de esta circunstancia, no vacilé un punto en obedecer las órdenes y marchar inmediatamente con objeto de corresponder á la confianza del gobierno.

Llegado á Zaragoza tuve la fortuna de inspirar confianza á todos los honrados habitantes de aquella poblacion y de la provincia entera. Las pruebas que me dieron todos de amistad, cariño y deferencia fueron grandes, y no saldrán jamas de mi memoria. Vieron en mí un hombre de bien, de buenas intenciones, cuyas palabras correspondian á las obras, tan celoso del órden como de las libertades públicas. Con todas las corporaciones civiles, militares, eclesiásticas viví en los términos de amistad y de confianza. Por dos meses y medio impedí con la simple fuerza de mi voz y la de mis amigos que estallase una revolucion que no estaba en mis deseos, ni por entonces en los intereses de la patria. Cuando la fuerza de las circunstancias la hizo del todo indispensable, cuando me ví en la alternativa ó de dirigirla al bien poniéndome á su frente, ó de constituirme en simple testigo de desórdenes y convulsiones en la hipótesis contraria, abracé el primer partido como el mas prudente y mas patriótico. Todas las autoridades del pais se penetraron de los mismos sentimientos. Asi lo que en tantas partes se presentó acompañado de agitaciones y excesos, se mostró grande y magnífico en Zaragoza, asi como en el resto de Aragon que siguió como un relámpago su ejemplo.

Poco despues de haber sido jurada la Constitucion y publicada como ley del reino, fuí nombrado por el gobierno general en gefe del ejército del Centro.

El público no tiene probablemente idea exacta de este ejército formado y organizado apresuradamente, cuyas fuerzas no son adecuadas al inmenso territorio asignado por

teatro de sus operaciones, cuyas partes se comunican muy dificilmente por la naturaleza de las localidades y la gran distancia á que se hallan unas de otras, y que, obrando en dos ó tres capitanías generales diferentes, originan mil conflictos entre las autoridades militares, y una confusion inevitable en los diferentes ramos de las administraciones respectivas.

Circunscrito hasta entonces á la parte política del mando militar, tambien ignoraba yo la composicion y fuerzas de este ejército. Tomé su mando sin tener dato ni pormenor alguno que me sirviese de luz en esta carrera, para mí tan nueva. Me fué preciso visitar sucesivamente todas las tropas de que se compone, recorrer todos los paises donde opera para adquirir el lleno de conocimientos que me eran del todo indispensables.

La órden que me nombraba general de dicho ejército llegó á mis manos el 23 de agosto hallándome en Mainar con un batallon y una fuerza pequeña de caballería que habia sacado de Zaragoza el 21 del mes mismo. Dejé el primero en Daroca, y con los segundos me dirigí á la ligera á Teruel, donde hice mi entrada el 25.

Los grandes apuros de las tropas que se hallaban á la sazon en esta plaza me obligaron á tomar la medida de echar una contribucion de diez mil duros, con cuyo auxilio pude salir de Teruel el 27 con dos batallones y un regimiento de caballería de la Reina, 2.º de línea.

La experiencia que habia adquirido de esta guerra tan desoladora, me sugirió el plan de operaciones que desde el momento me propuse. Convencido de la imposibilidad de acabar materialmente con los facciosos, era mi proyecto perseguirlos incesantemente sin dejarles formar establecimientos en ninguna parte, circunscribir su territorio, reducirlos á las guaridas de sus montes, y sobre todo acabar con los puntos fuertes á cuya sombra cometian todo género de exacciones y atrocidades.

Cantavieja habia adquirido ya una importancia funesta á los intereses de la causa pública. Al abrigo de sus muros se atrevian los facciosos á dar órdenes á casi todos los pueblos de la provincia de Teruel, y aun á muchos de la de Zaragoza. Por su destruccion clamaban todos los patriotas y hombres honrados de Aragon y de Valencia. Era tan importante á mis ojos esta operacion, que una de mis medidas en Teruel fué dar órdenes y los fondos necesarios á los comandantes de artillería é ingenieros para preparar y

tener listo cuanto antes el material necesario para dicho sitio.

El 30 de agosto llegué á Montalban con la tropa sacada de Teruel y el batallon que habia dejado en Daroca y que se me habia reunido en el camino. Siendo mi intencion visitar todas las tropas que se hallaban á mis órdenes, dejé en Montalban las que me habian acompañado hasta aquel punto, y con una pequeña escolta me dirigí hácia la primera division que se hallaba en la parte de Alcañiz ó de Calanda.

El 31 de agosto salí de Montalban y dormí en Alcañiz aquella misma noche. Las tropas que yo buscaba se hallaban en Calanda.

La primera division se componía solamente de cuatro batallones de infantería, de otro de cuerpos francos, de un regimiento de caballería ligera, de un escuadron de otro de idem, y de una parte de los escuadrones de Isabel II. Su estado de escasez me obligó á hacer otro pedido en Alcañiz, del que recogí como unos setenta mil reales, con los que tuve para dar un corto socorro al oficial, y sobras para algunos dias al soldado.

Cabrera y Quilez se hallaban entonces á muy pocas leguas de Alcañiz: la primera division salió el 1.º de setiembre para Castelserás á fin de socorrer el fuerte de Torre-Velilla que habia sido atacado por los enemigos, quienes se retiraron á la aproximacion de nuestras tropas. Yo me reuní con la division aquella misma noche.

El 2 volví á Alcañiz con objeto de hacer efectivo mi pedido, el cual no pudo estar pronto hasta el fin del dia siguiente. Sabedor de que Cabrera se habia separado algunos dias antes de Quilez, y que sitiaba á Gandesa con fuerzas muy considerables, salí de Alcañiz á las dos de la mañana del siguiente dia 4. A las cinco llegué á Castelserás, y despues de haberse distribuido á las tropas el dinero que llevaba, emprendí con ellas mi marcha para levantar el sitio de Gandesa.

El mismo dia 4 pernoctó la division en Calaceite. El dia siguiente al amanecer continuó su marcha hácia Gandesa, á donde llegó dos horas despues de haber sido levantado el sitio por Cabrera, que huyó precipitadamente hácia los puertos de Beceite.

No pudiendo permanecer mucho tiempo en el seno de aquella poblacion tan benemérita, cuyo nombre solo es un elogio, dí órden á Tortosa para que le enviasen dos piezas de artillería que necesitaba para su defensa en lo suc-

cesivo, y al comandante de las tropas de la brigada auxiliar de la derecha del Ebro para que nunca dejase abandonado un vecindario cuya decision y arrojo habia burlado por dos veces los intentos de sus enemigos, que ya se saboreaban con su ruina.

El dia siguiente 6 volví al territorio de Aragon y pernocté en Maella: el dia siguiente lo verifiqué en Caspe.

Era mi intencion reunirme con las fuerzas que habia dejado en Montalban, y que habia hecho avanzar hácia Calanda y Valde-algolfa, marchar en seguida hácia Beceite, y emprender despues mi expedicion de Cantavieja. Con este objeto salí el dia siguiente 8 con direccion á Híjar; mas en el camino me encontré con una órden del gobierno que me mandaba dirigirme con el mayor número de fuerzas posible á Molina de Aragon para operar contra la faccion Gomez en combinacion con el capitan general de Castilla la Vieja, y los generales Alaix y Ribero.

No titubeé un punto en obedecer esta órden del gobierno, á pesar de que tanto contrariaba mi plan de operaciones. El 8 pernocté en Híjar: el 9 en Muniesa, y el 10 en Montalban, á donde me siguieron los ocho batallones con la caballería. No queriendo, ni pareciéndome justo dejar durante mi ausencia desprovisto de tropas un pais que tanto las necesitaba, dejé en Montalban con este objeto dos batallones con la caballería correspondiente, y con el resto me dirigí, no hácia Molina, sino hácia Teruel por haber sabido que los enemigos se habian dirigido hácia el marquesado de Moya.

El 12 llegué á Teruel, donde tuve que hacer otro pedido de dinero, cuya operacion me obligó á hacer un alto de dos dias. El dia 15 salí con direccion á Moya.

Los enemigos se hallaban hacía algunos dias en el campo de Utiel y amenazaban á Requena. Segun las disposiciones que habian tomado no daban indicios de querer moverse; mas hallándose amenazados por mis tropas, por las que venian de Valencia, y por las del general Alaix que se hallaba en Carboneras, levantaron el campo dirigiéndose á la Mancha.

En aquellas circunstancias no me pareció prudente alejarme tanto de Aragon, que dejaba casi descubierto. La defensa de este pais me estaba especialmente encomendada. No podia considerarme como simple gefe de una columna de persecucion teniendo un pais tan considerable á que atender, y donde una invasion del enemigo me expondria

á terribles compromisos. Hallándome, pues, tan lejos de la faccion de Gomez, cambié de direccion á la izquierda, y habiendo entrado en Requena pasé al territorio de Valencia, donde operaba el resto de las tropas pertenecientes al ejército del Centro.

El 20 pernocté en Chiva, y el 21 en Liria. Las facciones de Forcadell, de Llagostera y del fraile Esperanza amenazaban á Segorve. El capitan general de Valencia, comandante general de la segunda division del ejército del Centro, habia salido para perseguirlas. Obligadas á dejar á Segorve se dirigieron hácia el norte, y fueron alcanzadas en Bexí por la segunda brigada, habiendo tenido que dirigirse á Chelva, que evacuaron al instante.

El 22 me dirigí yo á Villar del Arzobispo, donde tuve una entrevista con el general Narvaez. Era mi designio recorrer la provincia de Castellon de la Plana y llegar hasta Morella, á donde debian venir los cañones de á 16 que me eran necesarios para tomar á Cantavieja. Mas sabedor de que las facciones susodichas se encaminaban hácia la provincia de Cuenca, tomé con el general Narvaez el camino de Chelva, y habiéndole dejado con una brigada de su division en este punto, que iba á ser fortificado, fuí con la primera á pernoctar el 24 en Tuejar.

El 25 lo verifiqué en Santa Cruz de Moya, habiendo pasado por Titaguas y Aras del Puente.

El 26 me trasladé á Landete, donde supe que los enemigos se hallaban á cuatro leguas en las inmediaciones de Salinas del Manzano. Inmediatamente continué mi marcha hasta Cubillos, á donde llegué de noche, y me vi en cierto modo obligado á acampar por no tener donde alojarme.

A mi llegada envié en todas direcciones á saber del paradero de los enemigos. A la una de la noche recibí aviso de que se hallaban en Boniche. Inmediatamente hice venir las tropas que estaban alojadas, no siendo prudente hacer ruido con las cajas en el silencio de la noche, y á las dos y media de ella me puse en marcha hácia el parage ya indicado.

A las cinco llegué al sitio, mas hacia ya dos horas que habia sido abandonado por los enemigos. Habiendo sabido que se dirigian á Cuenca por Pajaron, emprendí sin descansar la misma ruta. Despues de medio de camino, se me dijo que habian cambiado de direccion á la derecha tomando el camino de Valdemoro y de Valdemorillo: al instante practiqué yo la misma operacion dirigiéndome á Ca-

ñete. Para conseguir mejor mi fin dividí aquí mis fuerzas y continué mi marcha sin detenerme ni un instante; mas era vana toda tentativa contra quienes no tenian otro objeto que huir y salvarse á toda costa, dejándose en todas partes los ranchos, sin hacer en ninguna descanso. Asi se entraron por las sierras de Aragon, dirigiéndose despues á Cantavieja. Por mi parte, convencido de la absoluta inutilidad de mis pesquisas, hallándome sin pan hacia tres dias, determiné dirigirme á Albarracin, á donde llegué el 29 de setiembre.

El objeto de este escrito no me permite extenderme sobre la naturaleza y los azares á que se halla expuesta la persecucion de las facciones. Entrará el analísis de esta materia interesante, sobre la que advierto tantos extravíos de opinion, en otro que publicaré por separado.

La necesidad de proporcionarme nuevos fondos me obligó á salir de Albarracin á la ligera el dia siguiente 30 con direccion á Zaragoza, á donde llegué el 1.° de octubre. El brigadier Nogueras, á quien habia nombrado mi segundo, quedó encargado del mando de las tropas.

El dia 3 volví á salir de Zaragoza. Aquel mismo dia recibí otra órden del Gobierno en que se me mandaba me trasladase á Molina con el mayor número de fuerzas que me fuese posible para operar contra cinco batallones navarros que, segun el ministro de la Guerra, habian pasado el Ebro á las órdenes de Villareal, y se dirigian á Castilla. El brigadier Nogueras habia salido de Teruel con direccion á Alcañiz para perseguir la faccion de Forcadell que habia avanzado hácia Manresa. Yo le dí la órden para que se viniese á Montalban, donde nos reunimos el 10, habiendo permanecido yo dos dias en Daroca dando tiempo á que llegase mi órden á Alcañiz y tuviese su debido efecto.

La del gobierno contrariaba de nuevo mi plan de marchar á Cantavieja. Obedeciéndola en todo su rigor era preciso renunciar á este proyecto, pues la estacion que avanzaba no daba treguas de ninguna especie. ¿Podria yo mandar mas tiempo en Aragon renunciando á este proyecto? ¿Podria arrostrar los gritos de la opinion que reclamaba con ahinco la toma de aquella ominosa fortaleza? En este conflicto, sabiendo por otra parte que la nueva expedicion navarra se dirigia al norte en lugar de venir hácia Castilla, resolví, despues de haber pesado bien las circunstancias, tomar sobre mí la responsabilidad de una expedicion por tanto tiempo diferida y de todos tan ardientemente deseada.

El 12 llegué á Teruel; el 14 salí de esta plaza y comencé

dicha expedicion, que duró diez y ocho dias, y de que dí un parte circunstanciado al gobierno en mi oficio del 1.º de noviembre.

El lector ha visto sin duda este documento, que fué insertado en todos los papeles públicos. En él expuse la necesidad en que me habia hallado de hacer la expedicion; mis motivos para haber tomado con preferencia el camino por el territorio de Valencia; lo indispensable que me habia sido llevar todos los medios para destruir pronto aquella plaza; lo embarazoso que me habia sido reunirlos todos; los obstáculos terribles que habia encontrado, sobre todo despues de mi salida de Castellon de la Plana, con todos los demas pormenores necesarios para enterarse de lo importante de la empresa. Hice ver que no consistia lo árduo del negocio en la toma material de Cantavieja, sino el llegar á ella con los medios necesarios para destruirla pronto, y librar tal vez de un compromiso el honor de las tropas nacionales.

Pocas cosas se han hecho en esta guerra de facciosos de mas importancia y trascendencia, de mas utilidad para dos provincias considerables y limítrofes, que la toma de esta plaza. Sobre pocas ha empleado la maledicencia con mas acrimonía las armas de la injusta crítica que tiende á oscurecer el mérito de un hecho. Se ha censurado el aire aparatoso de la artillería y demas material como inútiles para la toma de la plaza: se hicieron acusaciones sobre la fuga de su guarnicion cuando se vió perdida y sin remedio. Esforzando la primera insinuacion, y haciendo hincapié sobre este cargo, nada habia mas fácil que hacer pasar hasta por culpable al general que se habia hallado á la cabeza de la empresa.

Los que hablan de la posibilidad y aun de la facilidad de tomar á Cantavieja sin artillería, ni han visto dicha plaza, ni halládose probablemente en ningun sitio. Defendida Cantavieja por una guarnicion de 700 á 800 hombres, inundado el pais de los alrededores por las facciones de Forcadell, Tallada, el Royo de Nogueruelas, y otras varias, nada les hubiese sido mas fácil que prolongar el sitio haciéndonos perecer por falta de comunicaciones, de frio y de miseria. Cantavieja estaba fortificada mas de lo que le era necesario para defenderse contra tropa sin artillería. Lo esencial era destruirla pronto por medios que le fuesen del todo irresistibles. No se defendieron, porque toda defensa les era enteramente inútil. A los esfuerzos de las piezas de á 16 que se colocaron á tiro de fusil tenian que sucumbir, ó verse ellos y el pueblo reducidos á cenizas. La brevedad nos era de una necesidad

indispensable. Un dia ó dos mas delante de la plaza hubiese sido nuestra ruina. No teníamos ni pan, ni vino, ni aguardiente, ni techo, ni apenas leña, con un frio espantoso que dejaba yertas nuestras tropas. Pocas se han visto en una crisis semejante. Mas habia sido indispensable hacer esta conquista. Para mí no habia mas alternativa que vencer ó perecer delante de sus muros.

Tampoco han visto á Cantavieja, ni el terreno donde está situada, ni los barrancos y precipicios que por todas partes la rodean, los que hablan de la facilidad de ser circunvalada por nuestras fuerzas de ocho batallones que tenian á los facciosos por su espalda. Era preciso tenernos algun tanto reunidos para no ser atacados en detall, como hubiera sido muy fácil á los facciosos que vagaban en derredor en todas direcciones. La circunvalacion de Cantavieja no nos era ni fácil ni posible. Hubiera sido muy antimilitar el querer abarcar tanto terreno en tan delicadas circunstancias. Tomar á Cantavieja y rescatar de 900 á 1000 prisioneros que estaban sumidos en el horror de la miseria era todo mi conato. Ambos objetos se vieron completamente satisfechos. Los facciosos no dejaron tampoco impunes sus guaridas. Mas de 200 perecieron en la retirada.

Tomada Cantavieja se organizó su nueva guarnicion, y se pensó en aumentar sus medios de defensa. Despues de dar direccion á las fuerzas que debian escoltar la artillería hasta San Mateo, y dirigirse á Beceite, salí yo de Cantavieja el 3 con cuatro batallones y los prisioneros rescatados con direccion á Teruel, donde era mi ánimo dejarlos. Supe en Teruel, á donde llegué el 5, que la faccion de Gomez se acercaba á la provincia de Cuenca á su regreso de la Andalucía, y el 6 salí de dicha plaza con los cuatro referidos batallones con direccion á Moya, á donde llegué el 8.

En dos dias que permanecí en dicho punto no pude adquirir noticia alguna del movimiento que hacia la faccion. Mas cuando supe que se habia corrido hácia Trujillo y Cáceres volví yo al territorio de Aragon, donde siempre consideré mas necesaria que en ninguna parte la presencia de mis tropas.

El 11 recibí nueva órden del gobierno para trasladarme á Priego con cinco batallones y la correspondiente caballería, con objeto de defender á Aragon en caso de que los enemigos quisiesen invadirle, y de cubrir la capital al mismo tiempo. Yo respondí al ministro de la Guerra que me era imposible separarme tan lejos y con tantas fuerzas, que eran casi

el todo de las disponibles; que estaba inundado el bajo Aragon de facciosos, que aprovechándose de nuestra ausencia tenian en una especie de bloqueo al mismo Cantavieja; que no podia prescindir de ser capitan general de una provincia confiada á mi cuidado; que el mejor modo de defenderla de la faccion de Gomez era colocarme cerca y no lejos de sus lindes; y por último que no podia estar amenazada la capital hallándose la faccion por tantas fuerzas y tan de cerca perseguida.

Despues de dada esta respuesta volví á Teruel, á donde llegué el 12. El dia siguiente 13 me puse en marcha á la ligera para Zaragoza, donde entré el 14. El brigadier Nogueras tuvo órden de marchar con los cuatro batallones á lo largo de la frontera de Aragon hácia Calanda ó Alcañiz, donde debíamos reunirnos dentro de muy pocos dias.

Se verificó esto en Alcañiz el 19. La expedicion sobre Beceite era la que naturalmente se nos ofrecia. Mas era mi mala estrella el no poder operar nunca en Aragon como fué constantemente mi designio. El 20 recibí noticia de que la faccion de Gomez, en número de 10000 hombres, habia entrado en Albacete, y que se dirigia hácia el Norte. El 21 me puse de nuevo en marcha con todas mis fuerzas camino de Teruel, donde hice mi entrada el 24.

En el momento de llegar recibí otra órden del gobierno en que, haciéndome cargos sobre no haberme trasladado á Priego con los cinco batallones, se me mandaba enviar tres sin dilacion á Huete.

Yo respondí reproduciendo mis observaciones anteriores, haciendo ver la imposibilidad de obedecer á la letra ciertas órdenes, sobre todo cuando se concretaban á movimientos fijos y determinados; que cuando llegaban estas habian cambiado las circunstancias que las habian motivado; que no era dado á la capacidad de ningun hombre dirigir desde lejos los movimientos de una guerra cuyo teatro era tan movible; con otras varias reflexiones, cuyos pormenores no recuerdo.

Para librarme, sin embargo, de la nota de desobediente, salí el dia siguiente 25 con cuatro batallones tomando el camino que se me mandaba. Al llegar á Moya el 27 al medio dia supe que la faccion habia entrado por la provincia de Cuenca, y que su comandante general habia salido á perseguirla camino de Alcocer, donde se hallaba. Inmediatamente volví á emprender mi marcha, habiendo pernoctado en Campillo de Asparabietos la noche del mismo 27.

Pocas horas despues de haber llegado recibí aviso por dicho comandante general de que la faccion habia retrocedido y se dirigia probablemente hácia Molina. Fué mi intencion, y aun comencé á ponerlo en práctica, el moverme por la via mas corta hácia Molina; mas viéndome empantanado en un pais lluvioso y miserable, donde no podia proporcionarme ni calzado, ni raciones, determiné para cubrir entrambas faltas trasladarme á Cuenca, á donde llegué el 1.º de diciembre.

Supe por la noche que los enemigos, en lugar de dirigirse á Molina, pensaban penetrar en Aragon por la carretera de Madrid, y que sus avanzadas se hallaban en Arcos y en Monreal. Al dia siguiente 2 con las tropas que habian podido ser calzadas, me puse en marcha camino de Molina, á donde llegué el 4. Allí supe la derrota de Gomez en Andalucía por las tropas del brigadier Narvaez, y la de Cabrera por el mariscal Iribarren en Rincon de Soto.

Los dispersos de esta derrota se internaban en Aragon en distintas direcciones. En vista de lo cual resolví yo volver á este pais, habiéndome puesto en marcha el 6, y dividido mi fuerza para la mayor facilidad de tomar varios caminos.

El punto de reunion era para el 8 en Calamocha, de donde debíamos partir otra vez hácia los puertos y caer sobre Beceite. Dando por concluida la faccion de Gomez, me entregaba á la idea de poder moverme ya sin embarazo alguno; mas la noche del 6 al 7 recibí en Allustante la noticia de que la faccion de Gomez se habia presentado el 3 en Valdepeñas, sin saberse la ruta ulterior que emprendería.

Pocas horas despues recibí nueva órden del gobierno para dirigirme á la provincia de Soria por si las tropas que sitiaban á Bilbao levantaban el asedio con precipitacion y trataban de moverse sobre Castilla.

En la imposibilidad de moverme á un mismo tiempo en opuestas direcciones, resolví atender á lo que me parecia mas urgente, que era la aproximacion de Gomez, y asi me dirigí á Albarracin para estar mas á mano de marchar en la direccion que sus movimientos me indicasen.

En Santa Olalla recibí oficio del gobierno, que me suponia en Cuenca, y me comunicaba la misma noticia que su comandante general. A pocas horas supe que la faccion habia pasado por dicha provincia y se dirigia hácia el norte: entonces resolví volver á Molina, á donde llegué el 11.

Ninguna noticia se tenia en esta poblacion del movimiento de los enemigos: unos los suponian mas allá de Sigüenza, otros que habian tomado el camino de Guadalajara, otros que habian vuelto á pasar el Tajo sobre el puente de Tabuenca. Esta variedad de opiniones me hizo ver que la faccion no andaba unida, y que varias partidas sueltas vagaban por el pais en diferentes direcciones.

En esta incertidumbre resolví tomar el dia 13 el camino de Madrid, como lo verifiqué á las 8 de su mañana. A la legua de Molina, en Herrera, recibí una comunicacion del juez de primera instancia de Medinaceli por la que aparecia que los enemigos se habian situado entre Sigüenza, Atienza y el referido pueblo de Medinaceli. Entonces resolví dirigirme hácia este punto, à donde llegué el 14, y supe que los enemigos habian pasado el Duero y dirigídose à la provincia de Burgos, hallándose perseguidos por el general Alaix que les iba à los alcances.

Mi marcha en la misma direccion me pareció la cosa mas inútil. Determiné, pues, volverme à Aragon por la carretera por si los enemigos cambiaban de direccion hácia la provincia de Soria. El 15 pernocté en Arcos, el 16 en Ariza, en Ateca el 17. El 18 dí la órden á la division para que se situase en Calatayud, permaneciendo allí hasta recibir nuevas órdenes. Yo me dirigí à Zaragoza, á donde llegué la tarde de aquel mismo dia.

Pasados dos sin saberse nada de los enemigos, suponiéndolos ya venidos à las manos y destruidos por el general Alaix, dí órden à las tropas que estaban en Calatayud para que por Daroca y Montalban se dirigiesen hácia Calanda à reunirse con las que se hallaban à las órdenes inmediatas del brigadier Nogueras. Yo debia salir de Zaragoza para emprender con ellas la expedicion tantas veces suspendida y diferida.

El 23 recibí la órden de mi relevo como capitan general de Aragon por el general Quiroga. Como tal le dí à reconocer, entregando el mando interinamente al gefe mas graduado que se hallaba en Zaragoza. El 25 recibí la órden dirigida à mí personalmente, por la que se me relevaba de mis dos mandos por dicho general. Inmediatamente le dí à reconocer como general en gefe del ejército del Centro.

El dia siguiente 26 salí de Zaragoza à desempeñar mis funciones de diputado à córtes.

Siento mucho que el lector haya experimentado al ver

esta relacion tan árida el mismo tedio de que he estado poseido al escribirla. Mas sus pormenores me han sido absolutamente indispensables para presentar con toda luz mi situacion durante el tiempo que me he visto á la cabeza del ejército del Centro. La verdad se nutre del analísis: para abrazar con el espíritu un hecho en toda su extension es preciso descender y examinar la textura de sus elementos. El simple diario de mis operaciones hace ver de un modo muy palmario que no pude obrar segun el plan que habia concebido en Aragon, por las órdenes repetidas que tuve del gobierno para salir con el mayor número de fuerzas de su territorio á perseguir una faccion que tenia tan lejana, y que eludia las pesquisas de las numerosas columnas que la perseguian y de cerca la acosaban. Movido por dos resortes diferentes, el uno de la obediencia que debia al gobierno, el otro de lo que debia á la tranquilidad y conservacion de intereses del pais que me estaba encomendado, me ví obligado á obrar sin un plan fijo; es decir, sin poder seguir el mio moviéndome de dia á dia segun las circunstancias. Asi todas mis marchas fueron marcadas por la ley imperiosa de la necesidad, sin dejarme dueño de variarlas, cómo el lector lo habrá visto fácilmente por el simple bosquejo de mis operaciones.

No podia yo considerarme como un simple gefe de columna de persecucion á quien todo pais es igual con tal que moleste y alcance á su enemigo. Cada vez que tenia que alejarme de la provincia de mi mando, me acosaba la idea del inmenso pais descubierto que dejaba á retaguardia. Profundamente convencido de que aun todas las tropas de Aragon eran pocas contra las gavillas de facciosos que á todas horas le recorren y devastan, no podia reconciliar mi ánimo con los azares á que estaba expuesto con la ausencia de la mayor parte de las fuerzas de su territorio. Pocos gefes se han visto en tortura semejante. Mientras tenia cuatro batallones estacionados en Calatayud en observacion del enemigo, mientras se hallaban en la frontera de Soria con el mismo objeto las pocas tropas de que pudo disponer el baron de la Menglana, entraban en Belchite y quemaban á Quinto las facciones de Tena y Cabañero. Al fin tomé la resolucion de hacer marchar los primeros hácia los puertos de Beceite, que fué siempre mi constante idea, mientras acudian los segundos á desempeñar su antiguo servicio de cubrir el campo de Cariñena y demas paises que le son contiguos.

En mis frecuentes y largos oficios al gobierno le hice presentes con franqueza los embarazos de esta posicion desagradable. En todas le pinté el estado de Aragon en su parte física y moral; el de las facciones que le recorrian, y la índole de esta guerra tan asoladora. En todos le hice ver que si los enemigos podian merecer el título de insignificantes considerándolos como soldados, no lo eran en el carácter de foragidos y ladrones; que eran precisas fuerzas numerosas para cubrir el pais contra sus correrías, perseguirlos y acosarlos incesantemente para quitarles toda especie de recursos, para encerrarlos en paises donde tuviesen que ceder á los estímulos de la miseria: que el Aragon era un vasto pais por todas partes abierto y expuesto á una invasion, sobre todo por las fronteras de Navarra y Cataluña, cuyas consideraciones eran graves y reclamaban toda la atencion de las autoridades á quienes estaba confiada su custodia.

Pocos gefes militares han hecho al gobierno manifestaciones mas explícitas. Si no pude cumplir exactamente todas las órdenes que se me dieron, es inexacto el decir que le haya desobedecido. La voz *desobediencia* está siempre tomada en un sentido muy odioso. Jamas la pudo merecer un hombre que no podia tener interes en dejar de complacer á los que le empleaban. La primera órden recibida el 8 de setiembre para salir de Aragon fué obedecida con puntualidad. Si no lo fué la segunda de pasar á Molina de Aragon, consistió en que no existian los motivos que la habian dictado, en que se presentaba para mí un deber sagrado que cumplir, á saber, el de acabar con un asilo funesto y ominoso á cuyo abrigo esparcian la consternacion en el pais los enemigos jurados de su reposo y propiedades. Tampoco pudo serlo la recibida el 11 de noviembre de pasar á Priego con cinco batallones por las razones gravísimas que expuse entonces, y que sin duda hicieron fuerza al gobierno, pues me acusó el recibo de este oficio sin hacerme por él cargos de ninguna especie. Inmediatamente que llegó á mis manos la de enviar á Huete tres batallones, salí yo con cuatro en dicha direccion. Nada me hubiera sido en efecto mas satisfactorio que cumplir en todo con sus disposiciones. Acostumbrado á decir siempre la verdad, y con la franqueza que constituye mi carácter, la he manifestado al gobierno con lisura, sin disfraz, con el tono de un hombre que no desea mas que cumplir bien con su deber, sin tener apego alguno á los puestos que se le con-

fian. Le dije las cosas como yo las comprendia. Entré en explicaciones sobre pormenores de que debia hallarme mas y mejor informado; y le hice ver, como dejo ya indicado arriba, que no era dado á la capacidad de nadie dirigir desde lejos en sus pormenores las operaciones de una guerra cuyo teatro es tan movible, cuya fisonomía cambia tan de repente de un momento á otro. Los que han creido ver en estas manifestaciones francas sentimientos de desobediencia, y otros quizá de peor índole, han padecido las equivocaciones mas extrañas. En mi corazon no reinan, ni reinaron nunca sentimientos semejantes. Cuando recibí en Zaragoza la Real órden que me separaba del mando militar de Aragon, le entregué inmediatamente al gefe mas graduado que se hallaba en dicha plaza. A la comunicacion de oficio de dicha Real disposicion á todos los gobernadores y comandantes de puntos fuertes del distrito acompañé una carta de amistad en que encargaba hácia la persona de mi succesor los sentimientos de confianza y deferencia que habian mostrado por la mia. Llegó mi circunspeccion á no despedirme por medio de la imprenta, ni de otro modo cualquiera, de la Diputacion Provincial y Junta de Armamento, de la milicia nacional, y de las demas corporaciones á quienes debia en cierto modo esta prueba de agradecimiento; tal era mi temor de excitar sentimientos que no eran entonces oportunos, y de usar un lenguaje que pudiera ser siniestramente interpretado.

A las acusaciones de exacciones, de pedidos violentos, y de empleo de fondos destinados á otros usos, la respuesta es muy sencilla. Los que hice en Teruel, en Alcañiz y en Zaragoza fueron promovidos por imperiosas circunstancias. La Ordenacion no podia proporcionarme los fondos que necesitaba: las tropas que estaban á mis órdenes se hallaban sin ninguna especie de recursos: ¿qué hace un gefe constituido en situacion tan crítica? ¿Se expondrá á que se le vayan las tropas que están bajo sus órdenes? ¿les permitirá el robo y el saqueo? A vista de tan horribles males un pedido forzoso, ó el empleo de fondos destinados á otros usos, es el recurso que se ofrece naturalmente á todo hombre dotado de un sentido regular, y que entre varios inconvenientes elige naturalmente el mas pequeño. Los que hacen estas acusaciones no saben lo que son tropas, ni los terribles compromisos en que la falta de recursos ponen al que tiene la desgracia de mandarlas. Si fuesen justos, compadecerían mas bien al hombre dotado de buenos sentimien-

tos, enemigo de violencias y opresiones, que se ve en la triste necesidad de ejercerlas en el mismo pais de quien es el protector, y cuya felicidad no puede menos de ser objeto de sus votos.

Tambien se ha hablado mucho de la indisciplina é insubordinacion de aquellas tropas. Cuando el soldado no está atendido con todo lo que las leyes determinan y establecen; cuando se halla empeñado en guerras como la presente, no es posible conservarle en aquel rigor de disciplina tan deseable en todas circunstancias. Todo el ejército español se halla sobre poco mas ó menos en el mismo caso. He servido cerca de un año en el del Norte, y puedo asegurar que sus tropas no llevan ventaja en esta parte á las del Centro. Las que he tenido el honor de mandar directamente, me han dado mucho que admirar, y poco que reprender, pesada bien la situacion en que se hallaban. Las he visto marchar constantemente durante cuatro meses por los paises mas ásperos y frios, sin comodidad ninguna, sin ofrecer síntomas de desobediencia. Las he visto en la expedicion de Cantavieja arrastrar la artillería con las mayores muestras de contento y entusiasmo: las he visto tres dias delante de esta plaza, sin pan, sin vino, sin techo, y apenas sin lumbre en la estacion mas fria, casi yertas al rigor de la inclemencia, sin producir murmullos ni quejas de ninguna especie, reanimándose su vigor, olvidando su miseria, y prorumpiendo en vivas á la Constitucion y á la Reina en el momento de romper el fuego la artillería y de verse ya en el de asaltar los muros de aquella ominosa fortaleza.

No abusaré de la paciencia del lector prolongando mas aqueste escrito. Antes de llegar á la capital no creí tener necesidad de hablar al público con semejante objeto. Sin tener documentos á la vista, encierra sin embargo cuantas noticias son precisas para formar la opinion de los hombres sensatos é imparciales, que para juzgar bien necesitan solo datos positivos. Cualquiera que sea su acogida, reclamo la atencion y la simpatía del público sobre unas tropas beneméritas y desatendidas que han merecido y merecen elogios de nuestra patria. La reclamo sobre un pais célebre por su patriotismo, y cuyo suelo, sobre todo en la parte baja, ha sido teatro de desolacion en medio de esta guerra tan devastadora. La toma de Beceite ha quitado á los facciosos el último asilo con que contaban en el vasto territorio de Aragon. Si nuestras tropas permanecen en aquel pais, si se mueven en todas direcciones con alguna utilidad, se podrá

decir que los facciosos desaparecerán muy pronto de aquel dilatado suelo. Reducidos á sus puertos, sin recursos de ninguna especie, no será extraño que, viéndose en tan grandes privaciones, se desbanden y busquen sus hogares respectivos. A este término se debe aspirar por los que estan haciendo la guerra contra los facciosos. Es preciso conquistar el pais en que operan, encerrarlos en sus montes y privarlos de todo género de subsistencias, pues el exterminio material de los que huyen siempre es poco menos que imposible. Esta guerra tiene su parte política, de no menos dificil desempeño que la material y activa.

Mas no entra en mi designio presentar ahora la fisonomía de una lucha tan asoladora. Las consideraciones propias de asunto tan importante y de tanta consecuencia, tendrán cabida en un escrito aparte.

Madrid 9 de enero de 1837.

Evaristo San Miguel.

decir que los facciosos desaparecerán muy pronto de aquel dilatado suelo. Reducidos á sus puntos, sin recursos de ninguna especie, no será extraño que, viéndose en tan grandes privaciones, se desbanden y abandonen sus hogares respectivos. A este término se debe aspirar por los que están haciendo la guerra contra los facciosos. Es preciso conquistar el pais en que operan, encerrarles en sus montes y privarles de todo género de subsistencias, pues el exterminio material de los que huyen siempre es poco menos que imposible. Esta guerra tiene su parte política, de no menos difícil desempeño que la material y activa.

Mas no entra en mi designio presentar ahora la fisonomía de una lucha tan asoladora. Las consideraciones propias de asunto tan importante y de tanta consecuencia, tendrán cabida en un escrito aparte.

Madrid 9 de enero de 1839.

Evaristo San Miguel.